



La Venganza

de

Sylvia

Dana Hart

Ya sabía lo que iba a pasar. Había sido Secretaria en aquel lugar, demasiado tiempo, como para no saber. Le iban a poner dos fierros en las sienes, uno de cada lado e iban a prender el botón, hasta que la corriente eléctrica le dejara fritas las ideas. Era muy obvio. Lo hacían todo el tiempo. A las mujeres. Y a quienes no se adaptaban a sus patrones de masculinidad hegemónica. Lo hacían siempre. Típico. Como un buen vino sobre la mesa. O comer una cena contundente en las fiestas. Nadie podía cuestionarlo. No era raro. Ni extraño. Ni llamaba la atención de las personas transeúntes cuando escuchaban los gritos.

La propia Sylvia se había acostumbrado bastante a oírles gritar. A todo pulmón. Carentes de sonido. Porque hay gente que por mucho que grite, no es oída. Debe ser un fenómeno paranormal, aunque parezca tan natural en ciertas esferas sociales. El

grito sordo. El grito ciego. El grito impotente. Le iba a tocar gritar, también a ella, sin ser oída. Ya lo sabía. Con los dos fierros calientes sobre los oídos. Y una mordaza en la boca. Siempre mal puesta. Siempre apretada.

Pensó durante muchas vueltas del reloj, cómo había llegado a dicha posición. Pasar de Secretaria a Paciente. No es logro que se espera. No es un escalafón que otorgue precisamente prestigio en la sociedad. No podía permitirse eso. “*Solo los locos pueden tener el privilegio de no estar cuerdos*”, le había oído decir a alguien que definitivamente había perdido la respetabilidad desde hace algún tiempo. ¿Y dónde estaba la suya? ¿Quién se la había robado en la cartera? ¿Quién se la quitó un Domingo de lluvia, mientras nadie veía por ninguna ventana? Las horas rumiaron en su cabeza. Fierros calientes. ¿Quién

había puesto ese tema? Esa canción que sonaba una y otra vez, como en una radio descompuesta. Eso sí que era de locos. El disco rayado de alguien rayado. No lo iba a permitir. No lo podía permitir. ¿Qué mensaje le estaría dejando al porvenir? ¿Que se puede torturar las cabezas? Había que tomar cartas en el asunto. No fue culpa de ella. No es posible omitir ciertas cosas. Como una injusticia. O las ganas de llorar. No todo es reprimible.

Cuando el Doctor llegó, la trató por su nombre. Obviamente. Se había sentado en aquel escritorio durante tantos días, observándole, tomando notas, mecanografiando, prestando la mayor de las atenciones. Si el café se le caía sobre el delantal, tenía que limpiarle con una pequeña toalla blanca, hasta que la mancha quedara transparente. Si el tacho de basura estaba lleno,

tenía que vaciarlo, inmediatamente. Llevar el registro de pacientes, anotar uno por uno los medicamentos que tragaban y anotar cada una de las intervenciones, no fuera cosa de que se fueran a repetir.

Y ahora estaba de pie, cubierta de una bata que dejaba ver sus zonas pudendas. A punto de ser demolida. No podía dejarse demoler. No es culpa de ella. No podía dejarse freír. No.

El doctor tenía dos o tres pelos sobre la cabeza, unos lentes gruesos, que había usado desde el jardín infantil, de esos que parecen el fondo de una botella. El estetoscopio le colgaba del cuello, proyectando la poca luz del sol que entraba por la ventana, en un punto redondo de la habitación. La hizo recostarse sobre la camilla y prendió las máquinas. De pronto el ruido era un infierno. Estaba listo para cocinar sus letras, para cocinar

sus palabras, para dejarla sin nada que decir. Tenía que transformarla en una máquina de planchar la ropa, cocinar y vestir a criaturas, sin nada que pensar, sin contradicciones, sin cuestionamientos, como a todas las demás. Era fácil. Era sencillo. Se acababa el sufrimiento. No más noches de insomnio preguntándose qué sería de su vida. No más dudas en esa cabellera rubia. No más sonrisas maliciosas ni grandes expectativas. ¡Basta de ambiciones! La madre de todo cordero. A servir la mesa.

La luz de todo el lugar parpadeó, mientras la máquina acumulaba la fuerza de todos los cables, gruesos. Cuando estuvo lista, se encendió un botón verde. Se acercó el Doctor hacia Sylvia, para sujetarte las muñecas, pero cuando hubo de agarrarle la primer mano con fuerza, ella se enderezó de la camilla, y le saltó encima como una

fiera. Agarró los fierros, y sin bozal, sin ataduras de ningún tipo, los aplicó justo sobre la frente del doctor, quien empezó a convulsionar en el acto. La luz parpadeó más y más, prendiéndose y apagándose intempestivamente. Siguió apretando los fierros, hasta que consiguió extraerle un jugo blanco de la boca. Pero no se detuvo allí. Siguió hasta que cayó al suelo, y el estetoscopio se le salió del cuello. *“Ahora sí que sabrás lo que es el pánico”*, le repetía, apretando los dientes.

Se desconoció a sí misma. Una joven tranquila de Boston, que no había matado nunca a una mosca, que solía agarrar las arañas para liberarlas afuera, y hasta a una rata, que una vez la mordió en la punta de un dedo. Ni su padre Otto, ni su madre Aurelia, la habían educado de esa manera. Nada de violencia. Al contrario, Aurelia había dejado que la sociedad la absorbiera en el matrimonio. Nada

de continuar con sus estudios. Nada de amigas. Nada de salir de fiestas. Se había perdido en él. Del mismo modo que se esperaba que Sylvia se perdiera en alguien. Deshacerse en un cuerpo ajeno. Ocultarse tras otras columnas vertebrales. Para no ser vertical, para ser invisible. Esa era la lección que tenía que aprender, pero que no había aprendido.

Soltó los fierros, y ya no había pulso. No es culpa de ella. Tenía que salir de ahí, tan rápido como fuera posible. Correr. Agarró sus ropas y se sacó la bata de enferma. ¡Ella no estaba enferma! No necesitaba esas prendas malolientes de Hospital. Se puso los zapatos y huyó por todas las puertas, por todos los huecos, por todos los espacios vacíos. Se fue de ellos.



Sabía exactamente a dónde ir. Un miembro del Club de Fans de Stalin, le habían dicho que su escritura era de mala calidad, y con esa frase girando en su cabeza, se dijo a sí misma: “Entonces eso es precisamente lo que tengo que hacer: Escribir”. Se dirigió tan rápido como pudo al lugar donde vivía su mejor amiga de la infancia, Maru. Golpeó a la puerta con tal vehemencia, que no pasaron ni tres minutos hasta que contestó asustada, usando unos pantalones cortos de dormir y una camisa por debajo del ombligo. Entró, se sentó en su mesa, y mientras bebía un sorbo de café caliente, le planteó su idea.

- ¿Y si hacemos una editorial? Nosotras dos. O podemos invitar a Anek, a ella también le gusta mucho la literatura. Ya somos tres. Podríamos publicar nuestros propios escritos, sin necesidad de tener que esperar que

alguien más nos conteste, o “nos apruebe” lo que escribimos. Sin necesidad de tener que pensar si es mala o buena calidad, lindo o feo, políticamente correcto o nada. ¿Qué te parece?

- No entiendo. Llegas así, de pronto a mi casa, y quieres hacer una editorial. ¿Qué te pasa Sylvia?
- No me pasa nada. Tan solo quiero avanzar, tomar la iniciativa, me cansé de esperar que alguien lea mis poemas, no tengo ganas de esperar a estar muerta para la consagración. ¡Vamos por la consagración nosotras mismas! ¿Seamos nuestra propia consagración!
- ¿Pero estás segura de querer comprometerte a esto? Es un trabajo difícil, implica maquinarias, tiempo, dedicación...
- Tengo algún dinero ahorrado, tanto tiempo siendo la Secretaria de un Doctor no pudo

haber sido en vano, logré juntar algo, precisamente para después... ¡Y después, es ahora Maru!

- Está bien, si estás convencida, ¡hagámoslo!
- ¡Ya tengo pensado hasta el nombre!
- ¿El nombre de la Editorial?
- Si, si, de la Editorial...
- ¿Y cuándo lo pensaste?
- ¡Camino a tu casa!
- ¡¿Cuál sería?!
- ¡Euforia Lírica!

***Realizado con la colaboración de Em**



www.danahartescritora.com